

cas que he encontrado jamás en nuestras cacerías.

—«Lo creo, contestó, pero este valle y este castillo os causarían más emoción si supierais su nombre y os dijese de quien fueron cuan estas ruinas?»

—«¿Pues dónde estamos? le dije.

—«En Bourbilly, me respondió, castillo de Mad. de Sévigné!»

Al oír este nombre, el paisaje, poco haindiferente y muerto, se iluminó repentinamente para mí como si hubiesen encendido un faro sobre todas las torrecillas del castillo y sobre todas las colinas del triste horizonte; creí ver las ondas perezosas y los charcos de agua estravada del *Serin* en las praderas reflejar la imagen de aquella niña de cabellos rubios, niña querida ya de su siglo: creí oír su nombre murmurado por el río, por las hojas y por los ecos de los viejos muros, y hasta por los gritos de las cornejas azoradas en torno de las almenas del castillo. ¡Poder de un nombre que vive y hace revivir toda la comarca muerta con cual ha sido una vez identificado!

X.

Todas las páginas del libro querido de mi madre, largo tiempo cerradas, volvieron a abrirse despertando mil agradables emociones; pero ninguna página valía para mí lo que la casualidad acababa de escribir y pintar á mis ojos en aquel valle.

Otra casualidad sirvió mejor á mi piedad histórica para aquella memoria que se confundía en mi corazón con la de mi madre. El propietario actual del castillo y de los bosques de Bourbilly era un amigo de mi compañero de caza, que nos recibió como amable huésped, muy contento de sacudir el polvo del monumento de que le había hecho poseedor su culto á Mad. de Sévigné, y acompañarnos paso á paso detrás de las huellas todas que aquella familia, que por el talento había venido á ser la familia de todo el mundo, había dejado en aquellos surcos, en aquellas alamedas, en aquellas salas y lienzos ahumados colgados de las paredes del castillo. Pasamos dos días y dos noches en esta peregrinación de recuerdos y de sentimiento. La historia de Mad. de Sévigné partía de aquí á la edad de diez años y volvía al mismo punto en su vejez; este era el cielo de su vida; no había más que mirar y leer para volver á recorrer con ella toda esa vida.

XI.

Allí era en efecto donde había nacido, ó por lo menos donde había sido criada y meci-

da en la primavera del año de 1626, época en que su madre, que la había dado á luz durante su estancia en París, la volvió á aquel nido de familia; allí fué donde sus ojos se abrieron á los rayos del sol, donde ensayó sus primeros pasos sobre aquellas baldosas, donde había baluceado las primeras palabras, y recibido durante los años en que el alma emana de los lugares las primeras impresiones de aquella naturaleza, jugado en aquellas praderas como la gacela de los bosques y respirado con aquel aire elástico y siempre fresco de la alta Borgoña, ese vigor de salud y esa delicadeza de los sentidos que dieron á su tez sus rosas tan celebradas y á su alma ese perpétuo temblor de sensibilidad, preludio del genio cuando no lo es de la pasión.

Yo estudiaba lleno de complacencia las analogías misteriosas de aquel paisaje sereno sobre un horizonte grave con el espíritu de aquella mujer movable, cuya sonrisa brilla sobre un fondo oculto de melancolía. Quien no conoce el sitio, no conoce la planta, dicen los pensas; el hombre es planta hasta cierta edad de la vida, y el alma tiene sus raíces en el suelo, en el aire y en el cielo que han formado los sentidos.

XII.

El padre de Mad. de Sévigné, caballero de ilustre nacimiento del *Charolais*, trasplantado á la alta Borgoña, era hijo de Rabutin, barón de Chantal, cuyo feudo poseía cerca de Autun, y señor de Bourbilly, tierra cerca de Semur.

Cristóbal de Rabutin había casado con la señorita de Chantal, hija de un presidente del parlamento de Dijon. A la muerte de su marido, ocurrida en la caza á la edad de treinta y seis años, su viuda poseída de una veneración mística por San Francisco de Sales, caballero de Saboya y obispo de Ginebra, abandonó la casa de su suegro enfermo y sus hijos por seguir como una *Magdalena* los consejos de la perfección cristiana más refinada, desartando de los deberes de la vida común. Cesó de ser madre, según la naturaleza, para llegar á ser madre, según la gracia, de una orden monástica de mujeres, conocidas con el nombre de *Hermanas de la Visitación*. San Francisco de Sales, cuyo candor no buscaba la virtud fuera de la naturaleza, separó largo tiempo á su discípula de una obsesión que le edificaba, pero que le era importuna. La baronesa de Chantal se obstinó; pasó sobre el cuerpo de su hijo que se había echado en el umbral de la puerta de su casa para impedirle salir de su casa y entrar en un monasterio; persiguió al santo; sostuvo con él una correspondencia espiritual; llegó á ser fundadora y santa. Bajo este título la venera hoy su orden. Sus religiosas han he-

cho de ella su patrona; pero no lo es de las madres, ni de los huérfanos.

XIII.

Aquel hijo, sobre cuyo cuerpo pasó la baronesa de Chantal, para dejar el mundo, fué el padre de Mad. de Sévigné. Casó con Maria de Coulanges, hija de un consejero de Estado. Distinguido en la corte por su talento, en la guerra por su valor y en algunos duelos de la época por su habilidad en el manejo de la espada, murió en el campo de batalla contra los ingleses, en la Rochela. *Gregorio Léti*, historiador de la época, dice que Mr. de Chantal cayó bajo la espada del mismo *Cromwell*. Tres caballos muertos debajo de él y veinte y siete lanzadas en su cuerpo, atestiguan su heroísmo.

Su viuda le sobrevivió poco. Su hija no tenía más que seis años á su muerte. Esta hija, Maria de Rabutin-Chantal, que debía ser un día el prodigio de las madres, no conoció tampoco ninguna de las ternuras de madre, é inventó por sí sola la pasión materna, pues su abuela la baronesa de Chantal, toda absorta en la fundación de sus ochenta monasterios, relegó á su nieta huérfana á los cuidados de su familia materna, dándole por tutor al viejo abate de Coulanges, su tío, que poseía el priorato de *Livry*, cerca de París. Este tío llegó á ser un padre para la huérfana. Se ignora como este viejo abate, regular sin rudeza, y tierno sin debilidad, educó á esta niña sin madre; pero á los quince años una joven perfecta en belleza, en gracia, en instrucción sólida y en talentos precoces, salió de la soledad de *Livry* y deslumbró desde su primera aparición al mundo.

XIV.

Lo que se llamaba entonces el mundo, era la plaza Real de París, barrio aristocrático que encerraba entre cuatro filas de arcos tenebrosos, una plaza plantada de algunos tilos; pero este barrio estaba habitado por lo más escogido de la nobleza y de la literatura francesa. Era el vestíbulo de las Tullerías, el pórtico de la corte. Para ir á los honores, á la consideración, á la fama y á la gloria se pasaba por allí.

Hay pisos que ennoblecen. El orgullo, la vanidad, y la preeminencia de raza ó de profesión, son tan inherentes á la naturaleza humana, que se hace un privilegio de un arco ó de una ventana á la calle, como de un trono en un palacio.

La familia de Coulanges la presentó á la corte. Su retrato, escrito por Mad. de Lafayette, las exclamaciones que se escapaban á todos sus contemporáneos ilustres, tales como *Méage*, *Chapelain* y *Bussy-Rabutin*, y los numerosos retratos pintados por los mejores artistas de su época, esplican la atención unánime que se fijó sobre aquella joven. Rodeada de entusiasmo y de amor, halló al dar su primer paso en el mundo benévola acogida en todos los ojos; esta acogida que debía ella á su rostro, abrió su alma á la serenidad, porque privilegio de la hermosura es brotar de ese modo en medio del dulce calor que inspira, sentirlo ella misma y comenzar la vida por el agradecimiento. Esa primer mirada del mundo es un espejo donde la vida sonríe ó se anubla á los ojos de una joven y la predispone para siempre á felicitarse ó entristecerse por la existencia; es la fisonomía de su destino que se le presenta á la primera ojeada. Todo en aquella fisonomía del mundo, donde entraba, fué lisonjero para la bella huérfana. Conoció que la naturaleza la había creado para ser la dichosa favorita, no de un rey, sino de un reinado. Así no es extraño que desde el primer momento amase aquel mundo que la amaba.

«No quiero abrumaros de elogios, le escribió á su primera presentación en el mundo Mad. de Lafayette, cuyo talento y estilo eran autoridad para aquella sociedad aristocrática y literata del siglo XVII; no quiero entreteneros diciendos que vuestro talle es admirable, que vuestra tez tiene una flor...., que vuestra boca, vuestros dientes y vuestros cabellos son incomparables... Vuestro espejo os lo dice mejor; pero como no habláis delante de vuestro espejo, no puede deciros lo que sois cuando habláis.... Sabed pues, si es que lo ignoráis todavía, que vuestro talento adorna y embellece de tal modo vuestra hermosura que no la hay más seductora en la tierra, cuando os animáis en una conversación sin trabas. Os sienta tan bien todo lo que decís que el brillo de vuestro talento acentúa el de vuestra tez y el de vuestros ojos; y aunque parece que el talento no produce impresión sino en los oídos, es sin embargo cierto que el vuestro deslumbra por medio de vuestra fisonomía hasta los ojos... El que os escucha mira en vos la belleza del mundo más acabada...»

XV.

Muchos años después de este retrato escrito, el pincel de Mignard nos trasmite sus hermosos cabellos rubios, ondulados sobre la frente como pequeñas olas espumosas al soplo de la inspiración, y adornados como un ramo de limonero en flor; el óvalo de las mejillas de-

primido hacía la boca por la melancolía, y luego ligeramente levantado para dar solidez, y delicadeza á la barba, una frente cuya dulce convexidad hace deslizar la luz como una transparencia del pensamiento; sienes que palpitan, ojos azules que sueñan mirando, párpados finos, plegados y vetados de azul y alabastro, que ocultan á medias el globo del ojo; una nariz griega y afilada en su confluencia con la frente, fuertemente unida en su extremo por el músculo levantado entre sus ventanas sonrosadas; labios que descansan el uno sobre el otro despues de haber sonreido y vuelven á tomar poco á poco la inflexion de la gravedad habitual; una piel de grano menudo donde corren mil calofrios visibles; aquella flor primaveral de tez que habia traído de sus montañas natales y que no se marchitó jamás, al decir de sus contemporáneos, ni aun bajo el peso de los años ni aun de las lágrimas; una fisonomía tan movable y fugitiva que se le pueden dar tantas espresiones como matices hay en los sentimientos de una alma de muger; en fin un busto digno de llevar aquella cabeza, ancho de hombros, buyendo de los brazos, libre en el seno y esbelto en la cintura, propio para dar á la actitud ó al andar aquella dignidad, aquel movimiento y aquella cadencia de pasos que hacen el talle de una muger, cuando se levanta, inexplicable en medidas y en números; pero que bastan para que lleve á vuestros ojos el espacio y se en grandeza hasta el cielo. Este prestigio de la atmósfera es el que hace en sus retratos á Mad. de Sévigné mas grande que la naturaleza. Se conoce que el pintor deslumbrado como un amante, quiso difundir al rededor de aquella figura una atmósfera y que no pintó contornos limitados, sino una impresion infinita, esparcida é invisible al rededor de la belleza.

XVI.

Tal era á los diez y ocho años, y tal despues de los cuarenta, aquella fisonomía en que el deslumbramiento del primer instante se cambiaba en atractivo y en eterna memoria en todos aquellos que la veían, aun cuando no fuese mas que por una hora.

No hubo en la corte mas que una voz para elogiar la maravilla de la casa de Coulanges. Este favor del mundo no alteró la modestia de la jóven. Había contraído en la soledad de su adolescencia en Livry, en la lectura de los libros graves, en la sociedad de los filósofos jansenistas, vecinos y amigos de su tío, una reflexion precoz, una piedad sólida y ejercicios de estudios que la hacían mas apta para ser una segunda Moisa en casa de Fulberto que una favorita evaporada de corte. Su nom-

bre, su gracia, su fortuna de trescientos mil francos, dote considerable en aquellos tiempos, su título de hija única, que permitía á los aspirantes á su mano no deber su corazón sino á su preferencia, fueron parte para que los hijos de las casas mas ilustres de Paris la solitasen por esposa; pero ella prefirió á un jóven caballero breton, Enrique de Sévigné ó de Sévigny, pariente y protegido del cardenal de Retz.

El abate de Coulanges, aunque de costumbres severas, estaba ligado por subordinacion y deferencia con aquel coadjutor de Paris. Aturdido, disipado y faccioso el cardenal de Retz, fluctuando siempre entre la pequeña intriga, la gran ambicion y la licenciosa voluptuosidad de su época, era el Alcibiades mitrado de la Fronde. Era imposible dejar de amarle, al mismo tiempo que se le despreciaba como un niño, á quien la fortuna habia dado por diversion el pueblo, el parlamento, la corte y la iglesia, y que no habia hecho de todo esto mas que un juguete.

Un resto de popularidad dada á su nombre por la Fronde, y un resto de respeto dado á su título eclesiástico por la Iglesia, le dejaban entonces cierta consideracion en el mundo; su espíritu encantador y ligero cubria las inconsecuencias de su carácter; se creía en su fortuna, aunque despues de haberla disipado. El abate de Coulanges esperaba mucho de un jóven militar protegido por un futuro arzobispo de Paris. El cardenal de Retz tenia bastante genio para remontarse un dia al rango de Richelieu y de Mazarino, sino hubiese devorado de antemano su gran fortuna en las pequeñas facciones. La señorita de Ghantal no vió en el marqués Enrique de Sévigné sino una encantadora figura, un valor romanesco, una elegancia marcial, un nombre bien considerado en la corte y un atractivo como el que ella inspiraba á toda la juventud de la época, y que experimentaba solo por él. Pero estas gracias del marqués de Sévigné ocultaban, ya que no vicios, por lo menos ligerezas del alma, de costumbres y de carácter que no podían fijarse en nada, ni aun en la felicidad. El primer paso de esta jóven tan digna de la constancia de un marido la arrojó en el lazo de un amor, ardiente en ella, pero ligero y fugitivo en Mr. de Sévigné. «Amaba en todas partes, dice Bussy en sus memorias, y no amó nunca nada tan amable como su muger. La estimaba sin amarla, y ella sin poder estimarle, no pudo nunca dejar de amarle.»

XVII.

Este matrimonio la lanzó á un mundo nuevo. Las facciones decapitadas por el hacha del

cardenal de Richelieu, habían reanudado despues de él sus pedazos sangrientos y resucitado en guerras civiles. Richelieu habia sembrado la venganza con la sangre, consecuencia natural de todo terror; pretenden algunos que sus ejecuciones habían estinguído las facciones en los suplicios, y él fué el que las hizo mas implacables y nacionales, desesperándolas. Los principes, los nobles, el parlamento y el pueblo se arrojaron en las rebeliones armadas y en las sediciones civiles para escapar de los cadalsos ó de la tiranía con que aquel Sila vestido de púrpura los habia asustado.

Mazarino, mil veces mas político, porque era mas pacificador y humano, parece menos colosal á los ojos del vulgo, porque la política hace menos ruido que el terror, y porque el vulgo comprende mejor la violencia que la sabiduría; pero á los ojos del filósofo y del hombre de Estado, Mazarino fué el gran ministro y Richelieu el gran vengador. La constancia de Ana de Austria en su adhesion á este consejero de su regencia, la dictadura que le dió en su gobierno como en su corazón, la habilidad alternativamente firme y flexible de este italiano, neutral en nuestros partidos, pero necesario para neutralizarlos á todos, el arte con que los equilibró uno con otro y despues de haberlos, no vencido, sino cansado, acabó por atraerlos á todos arrepentidos, sumisos y obedientes á los pies de un rey de catorce años, es la obra maestra del arte de gobernar los hombres, y precisamente porque esta obra maestra de diplomacia, inteligencia, obstinacion en el objeto, negociaciones y alternativas de firmeza y paciencia es demasiado complicado, no ha sido comprendida, pero lo será. El nombre de Mazarino dominará el siglo de Luis XIV, porque él es quien ha hecho el rey y tambien el que ha hecho el reinado, y cuando murió en Vincennes en su lecho, con las riendas del imperio todavia en las manos, entregó la Francia á ese pupilo de su genio como un padre entrega á su hijo su cuenta de tutela. Las facciones estaban liquidadas, los facciosos eran ya cortesanos, y esta cuenta de tutela se saldaba por el reino de Francia. ¡Desgraciado el pueblo que estima á Richelieu y no comprende á Mazarino!

XVIII.

Sea de esto lo que quiera; en la época en que Mad. de Sévigné entraba en el mundo, Mazarino que reinaba aun, habia pacificado tan perfectamente el imperio, que todas las facciones civiles feudales ó parlamentarias se habían convertido en simples facciones de talento, de literatura ó de gusto. El genio literario del siglo nació de la seguridad general. Los espíritus se habían fecundado en la licencia y pro-

ducían en una autoridad moderada. Es una ley del espíritu humano: el genio de las letras se desarrolla á consecuencia de las largas interrupciones del pensamiento por medio de las revoluciones ó de la guerra. Los sacudimientos civiles producen repeticiones, ejercicios e impacencias de ideas en la imaginacion de los pueblos; despues de las convulsiones democráticas de Atenas, el siglo de Pericles; despues de las proscripciones de Roma y el asesinato inútil de César, el siglo de Augusto; despues del destrozamiento de las repúblicas italianas el siglo de los Médicis; despues de la Liga y la Fronde, esas guerras feudales de la Francia, el siglo de Luis XIV; en fin, en nuestros dias, despues de las convulsiones de la libertad, los trastornos de la Europa y la restauracion, saludable á la literatura, de los Borbones, un renacimiento intelectual en toda Europa; renacimiento corto como esa restauracion, pero que dejará grandes nombres á la posteridad.

XIX.

Veamos como nacia ese siglo literario de Luis XIV y donde tenia su cuna tanta gloria.

Los hombres y mugeres ya nacidos ó próximos á morir que componian desde el principio del siglo, la parte florida y selecta por su talento é instruccion, eran Malherbe, Corneille, Voiture, el primer Balzac, Ménage, Saint-Evremond, Sarrazin, Chapelain, Pellisson, Pascal, Bossuet, Molière, la Fontaine, Fenelon, Boileau, Racine, Fléchier, Bourdaloue, la Rochefoucauld, la Bruyere, Chaulieu, Mad. de La Fayette, la marquesa de Sablé, la duquesa de Longueville, Mad. de Cornuel, y en fin, Mad. de Sévigné, muy jóven á la sazón, atraída por el brillo de lo que comenzaba á lucir en torno suyo y sin sospechar que su nombre, perdido en la muchedumbre, llegaría á sobrevivir un dia á casi todos esos nombres.

Una dama jóven, de origen italiano, de la casa florentina de los Savelli, parientes de los Médicis y aliados de nuestros reyes, habia traído á Francia el gusto, el sentimiento, las delicadezas y aun los refinamientos de la poesta italiana. Esta era Mad. de Rambouillet, muger del marqués del mismo título, gran señor, embajador y cortesano. Mad. de Rambouillet, casada á los diez y seis años, jóven y hermosa todavia, tenia una hija de quince de la que parecia ser hermana. La madre habia inspirado á la hija esa pasión de la poesta de la imaginacion y de las letras que ella misma habia respirado con el aire del Arno y de las colinas de Toscana. Llamábase esta hija Julia de Angennes, nombre encerrado despues entre guirnalda de versos. La memoria de estas dos mugeres estaba embalsamada con las estancias

del Tasso, del Ariosto, con los tercetos del Dante y los sonetos de Petrarca. Querian prolongar del lado de acá de los Alpes en una lengua hasta entonces incompleta los ecos de aquellos divinos poetas, ecos ellos mismos de los del siglo de Augusto. Una analogía de gustos, de nobles ocios, de lecturas y conversaciones literarias, rennían en las casas á todos los hombres y á todas las mugeres de la corte y de la ciudad que cultivaban su imaginación. Estas dos mugeres tenían la corte del ingenio francés en el hôtel de Rambouillet en la plaza del Carrousel, al lado de aquel palacio en que Luis XIV tenía la corte de la política, de la ambición y del favor. La casa de Mad. de Rambouillet era la academia de los *delicados y de los curiosos*; así se llamaban entonces todos los que sin hacer profesion de literatos, formaban, por decirlo así, el público ó el parterre escogido de los poetas, prosadores y académicos oficiales de su tiempo. Ha habido sin cesar y hasta nuestros dias en París, como habia en Atenas, Roma y Florencia, esas casas de gusto presididas por mugeres superiores en talento ó en gracias, donde el mundo y las letras se encuentran para fecundizarse mutuamente.

XX.

Allí, en la noble emulacion de los placeres del espíritu y en la amable igualdad del culto de las cosas intelectuales, todos los que las aman se confunden con los que las cultivan. Atraídos los unos por el deseo de ser elogiados y los otros por el placer de admirar, algunos por la vanidad de juzgar, forman el foco precursor del gran foco del siglo, la avanzada del gusto público, el vestibulo de la gloria. Así Lucrecia Borgia, tan calumniada en Roma; Leonor de Este en Ferrara, Victoria Colonna, en Nápoles; Mad. de Rambouillet en París, durante la minoría de Luis XIV; Mad. de Maintenon en la vejez de este monarca; Mad. de Defaut y Geoffrin en el reinado de Luis XV; la duquesa de Anville, en tiempo de Luis XVI; madama Staël en su destierro, bajo el imperio; Mad. de Montcaim, la duquesa de Broglie, madama de Saint-Aulaire, la de Duras en tiempo de la restauracion y Mad. Recamier bajo el Directorio, despues bajo tres reinados y hasta nuestros dias; otras que la amistad nos prohibe nombrar, esta dinastía electiva de las mugeres superiores que agrupan á su alrededor las eminencias de su época por la sola atraccion de su mérito y de su acogida, se perpetua de siglo en siglo, y no se intermite sino en las épocas de las grandes convulsiones civiles y en las épocas mas abyectas en que el frenesí del oro, poseyendo por un momento el mundo,

relega al silencio y á la oscuridad todas las demas pasiones nobles del espíritu.

Estos tiempos son cortos como los eclipses de luz en el cielo, y como los del pensamiento en la tierra; no se cuentan mas que tres en Francia; la *regencia del duque de Orleans*, despues del reinado de Luis XIV, el *Directorio*, despues del terror de 1793, y el tiempo presente que se apresura á gozar, temeroso de ser sorprendido entre dos especulaciones por los hundimientos que han sacudido al mundo.

XXI.

Mad. de Sévigné, introducida por su marido en el salon de Mad. de Rambouillet, llevaba á él todo lo que podia seducirla á sí misma seduciendo á aquella sociedad: una juventud que derramaba la frescura de la mañana y la vida sobre todo: una hermosura que brillaba involuntariamente, sin la pretension de deslumbrar ó eclipsar á las que la rodeaban; en fin, una instruccion superior á su edad y á su sexo, adquirida en la soledad estudianta de Livry; una tintura de las lenguas muertas, suficiente para gustar las bellezas de Homero y Virgilio; una memoria adornada de todas las obras maestras del Ariosto y del Tasso, y un gusto prematuro que sin quitarle el entusiasmo, le daba desde bien temprano el discernimiento, que es la esperiencia del espíritu.

Tantos encantos y tanta alma la hicieron en poco tiempo en aquella sociedad objeto de una admiracion general; amistad en las mugeres, proteccion en los viejos y pasion en los jóvenes.

XXII.

La licencia de las costumbres, estimulada por la publicidad de los amores del rey y por las tradiciones vivas aun de la Fronde, en que las princesas eran las encubridoras de las facciones; el ejemplo mismo del marqués de Sévigné, marido indiferente y amante veleidoso, autorizaban á la joven á esa clase de relaciones que ya no escandalizaban á la época. Su amor obstinado á su marido la defendió de ellas tanto como su virtud. Su nombre resonó en los versos de los poetas; pero jamás en los cuchicheos de la crónica amorosa de aquella corte. En los acentos apasionados de sus adoradores no vió ella mas que juegos de ingenio que lisonjaban sus oidos sin llegar al corazón, y logró en medio de tanta corrupcion conservar su pureza sin ostentacion de ningún género. Todos los poetas de su época atestiguaban

este desinterés de las pasiones, tan natural en ella que era acusada de frialdad.

Esta pureza fué una rara escepcion de su siglo, pero fué inalterable, sin ser austera. Parecia pedir gracia mas bien que homenajes para su virtud; jugó con las pasiones que inspiraba, sin dejarse tocar por ellas, y de tantas idolatrias que quemaban incienso á sus pies, no respiró mas que el humo.

XXIII.

La Fontaine, Montreuil, Ménage, Segráis, Saint-Pavir, Benserade y Racan, la celebraban á porfia. El primero la dirigió este epigrama amoroso, propósito de un juego de sociedad en que se presentó con una venda en los ojos:

De todas maneras teneis el arte de agradar;
Bajo mil aspectos diversos encantais alternativamente.
Viendo vuestros ojos vendados, se os toma por el Amor:
Viéndolos descubiertos, se os toma por su madre

Los condes de Lude y de Bussy-Rabutin, los dos hombres mas seductores de la corte, hacian alarde de tributarla una adoracion que por mas que la lisonjase, el amor que profesaba á su marido quitaba toda esperanza de que fuese correspondida. El conde de Lude, dotado de un carácter noble y generoso, la estimó mucho mas por esta circunstancia. Pero Bussy-Rabutin, que era su primo, no la perdonó jamás su indiferencia. Poseído de todos los géneros de vanidades que depravaban en él toda clase de mérito, convirtió su amor desdenado en odio sordo, pero implacable. De cortesano público de su prima se hizo libelista anónimo en su *Historia amorosa de las Galias*, y se esforzó vergonzosamente por manchar la virtud, de que no habia podido triunfar.

XXIV.

En medio de esta atmósfera de adoracion, Mad. de Sévigné no aspiraba mas que á recogerse con el marido que amaba en el aislamiento de una vida pacífica en el campo lejos de las vanidades y seducciones de París. En la primavera de 1645 consiguió que el marqués de Sévigné la acompañase á una de sus tierras de Bretaña, en las cercanías de Vitré.

Esta tierra descuidada hacia largo tiempo, se llamaba las *Rocas*. Su viejo castillo fué el albergue de su corta felicidad, como el castillo de Bourbilly habia sido el de su cuna. Aquella

morada le recordaba á Bourbilly. Sus muros y sus jardines arruinados atestiguaban la larga ausencia de sus poseedores. Su horizonte limitaba los deseos y los pensamientos como las miradas. El castillo se levantaba sobre una eminencia, á cuyo pie murmuraba un riachuelo baseando su pendiente entre los trozos de granito y los arbustos. La sombra dormida de los castaños, de las encinas y de las bayas, ennegrecia los raros intervalos de luz que dejaba el monte; vallados de espinos y de acebos cerraban los campos cultivados y las praderas matizadas con las flores amarillas de las ginestras; eriales inmensos limitados á lo lejos por la bruma se aclaraban, interrumpian su monótona aridez con alguno que otro charco ó estanque; en fin la melancolía de la tierra se comunicaba al alma. Algunos vestigios de pasada magnificencia marcaban sin embargo la casa con un sello de vejez y de nobleza. Largas avenidas plantadas de viejos árboles á las orillas y empedradas con gruesos guijarros, conducian á aquella morada por el lado que mira á Vitré. La casa estaba, y se halla todavía, compuesta de un castillo poco elevado, flanqueado de dos anchas torres, cuyas cornisas están adornadas de cabezas de monstruos esculpidos groseramente en la piedra. Una tercera torre contiene la escalera de caracol, alumbrada por las hendiduras en los muros macizos que una luz oblicua atraviesa de piso en piso. Los jóvenes esposos entraron en unos vastos salones abovedados ó techados con vigas negras. Allí vivieron muchos años en un retiro en que Mad. de Sévigné pasaba el tiempo entregada á los cuidados de su ternura y su marido en restablecer su fortuna y en gozar de las distracciones que su provincia natal ofrecia á un caballero ya promovido á los altos grados del ejército.

En el mes de marzo de 1647 dió ella á luz en las *Rocas* un hijo, heredero del corazón y del talento de su madre, y ya que no la pasion, fué por lo menos la distraccion y el consuelo de su vida. Al año siguiente le dió una hija, que fué despues Mad. de Grignan, y á quien su madre ha inmortalizado con su ternura. Mr. Sévigné, á quien la última guerra de la Fronde habia llamado al ejército, se vió obligado á pasar á París, á donde volvió con sus dos hijos, en momentos en que la regente Ana de Austria entraba triunfante con el joven rey bajo la proteccion de Mazarino.

XXV.

Las guerras civiles habian llevado á las ciudades la licencia soldadesca de los campos. El marqués de Sévigné se enamoró de una belleza célebre cuya existencia recordaba en

París las grandes cortesanas históricas de Atenas ó de Roma; profesion que estaba admitida con condiciones vergonzosas en las civilizaciones paganas; pero que era incompatible con las costumbres cristianas, que iban á ser tan austeras poco tiempo despues. Esta escepcion autorizada de la decencia pública en dos cortesanas casi contemporáneas, Marion de Lorme y Ninon de Lenelos no puede esplicarse sino por dos consideraciones históricas: la introduccion de la licencia italiana en la corte por los Médicis y la depravacion de la aristocracia francesa por la licencia militar trasportada de los campos de batalla á la capital.

Ninon era hija de un caballero de Turena llamado Lenelos. Su belleza precoz, perfeccionada por los cuidados de un padre depravado que no le enseñó por toda virtud mas que el arte de seducir, la introdujo en París en los círculos mas elegantes de la nobleza. Como música y como bailarina se dió allí en espectáculo desde su infancia. Su talento, sus pasiones inconstantes y su filosofía sin freno hicieron que fuese solicitada alternativamente por los caballeros mas licenciosos de la época; ella no vendió, pero concedió sus favores á muchos, perdiendo insolentemente todo pudor, por conservar su libertad. Esta nobleza en la licencia y esta reserva de su probidad en el vicio la dieron fácil acceso en las sociedades ligeras de literatos y aun mugeres poco escrupulosas que buscaban la hermosura y el talento mas que la virtud. Frequentaba asiduamente la casa del poeta Scarron, centro entonces de la literatura trivial; la jóven y bella huérfana de la casa de Aubigné, que casó con Scarron, era amiga suya, y al morir Scarron subsistia aun esta estraña amistad: la historia se confunde de asombro al ver á la jóven viuda, piadosa, irreprochable, que debia entrar poco despues en el tálamo de Luis XIV, participar del hospedage, de la sociedad y algunas veces del lecho de la cortesana Ninon.

XXVI.

El conde de Bussy-Rabutin, queriendo separar el corazon de su prima de su esposo, á fin de ser él su consolador y seductor, enteró á Mad. de Sévigné de la pasion de su marido por Ninon. El dolor despedazó el corazon sensible de la virtuosa esposa; pero no la rindió á las seducciones de Bussy, antes le cerró la puerta con indignacion y fingió ignorar la infidelidad de su marido: «Sévigné, dicen las memorias de la época, no es un hombre honrado; arruina á su muger, que es una de las mas agradables de París.»

Para salvar los restos de la fortuna de su sobrina y el porvenir de sus hijos, el abate de

Coulanges la obligó á separar bienes; pero al tomar esta precaucion afianzó á su marido por una suma enorme, igual á las deudas que entonces tenia. Retiróse sola á las Rocas con sus hijos dejando al marqués de Sévigné en la libertad de sus desórdenes.

Hábiase entonces enamorado de otra belleza célebre, rival de Ninon, llamada Mad. de Gondran y de un nombre mas familiar, Lolo. El caballero de Albret, segundogénito de la casa de Miosseus, le disputó su conquista. Sévigné triunfó á fuerza de prodigalidades y de pasion. Esta rivalidad hizo ruido en París; se previó un duelo y no faltó imprudente que escribiese prematuramente á Mad. de Sévigné á las Rocas que su marido habia sido herido por su rival. Ella entonces le dirigió una carta de dolor, de desesperacion y de perdon. La noticia era anticipada; el duelo habia sido aplazado. De este modo recibió Sévigné en tiernas convenciones el último adios de la que despreciaba por un capricho.

Llegó el día señalado para el combate; este fué corto y caballeresco; los dos contendientes se dieron esplicaciones y abrazaron antes de sacar la espada para satisfacer lo que un uso bárbaro llamaba en Francia el honor. Sévigné recibió el golpe mortal y espiró á los veinte y siete años en la flor de su vida.

La muger, que lo perdonó todo á su edad, á su ligereza, á los hábitos del tiempo, estuvo á punto de morir de dolor al saber su catastrofe; corrió á París para rodearse de sus queridos vestigios. No le quedaba de su marido otra cosa que las pruebas de su ingratitud. Para conservar á sus hijos el retrato y los cabellos del hombre á quien tanto habia amado, tuvo necesidad de pedirlos á Mad. de Gondran, aquella funesta Lolo, causa de su desgracia. Mad. de Gondran le envió aquellos objetos, que iban á ser el triste consuelo de su viudez, puesto que la infeliz no pudo ya minar la imagen del que adoraba, sin recordar al mismo tiempo su abandono y su ingratitud.

Este dolor fué tan violento y obstinado que Mad. de Sévigné no pudo jamás ver de lejos, en los círculos ó en los paseos, al caballero de Albret ó á cualquiera de los testigos del duelo, sin desmayarse.

Sévigné habia sido su primer amor y debia ser el último. Desde aquel día echó un sudario sobre su corazon, y lo sepultó, por decirlo así, jóven y vivo todavía, con las cenizas de su marido.

SEGUNDA PARTE.

I.

Otra pasion poseía ya toda el alma de madama de Sévigné, y era la de su hijo, y sobre

todo de su hija. Renunció para siempre á la idea de un segundo matrimonio, que les hubieran dado otro padre, porque solo el pensamiento de que aquellos dos queridos frutos de su único amor pudieran tener rivales de ternura en su propio corazon en los hijos de otro matrimonio le causaba horror, y por eso se entregó á su felicidad, á su fortuna y á su educacion. La muger no existió ya en ella; no hubo mas que la madre. «He borrado de mi memoria todas las fechas de mi vida, escribió en su vejez, yo no me acuerdo mas que de la de mi matrimonio y de la de mi viudez.» Bajo la tutela de su tío el servicial abate de Coulanges, se ocupó durante largos años en levantar las ruinas de su módica fortuna que habia disipado su marido y en la administracion rural de Bourbilly y de las Rocas. Pasaba parte del año con el abate de Coulanges en aquellas tierras, el resto en París ó en Livry, mansion querida de su juventud. Habia alojado sus vinculos con el mundo sin romperlos, porque preveia que su hijo tendria necesidad de protectores en la corte y su hija de marido adecuado á su nacimiento, y por lo mismo procuraba cultivar para sus hijos las amistades que podian servirles algun dia de proteccion y ayuda. Su sólida razon le alejaba de los partidos extremos, no creyéndose con derecho de disponer de su suerte mientras no se fijase la de sus hijos. Permanecía mundana por deber y amable por virtud; digámoslo todo, lo era tambien por inclinacion natural. Acogida en el mundo por un entusiasmo universal, sentida con pasion desde que se ausentaba de él, gozaba tanto mas de ese favor de la corte y de los salones, cuanto que no les llevaba mas que un corazon libre y no les pedia mas que amistades.

Esta fué la época en que se grangeó mas amigos entre los hombres célebres y mugeres notables de aquel siglo fecundo en nombres que se hicieron ilustres. En los sobres de sus cartas podria encontrarse el catálogo de todas las glorias, de todos los méritos y de todas las altas virtudes de su época: el príncipe de Condé, el duque de Rohan, el conde de Lude, siempre enamorado, aunque desviado siempre, Menage, Marigny, el cardenal de Retz, Montmorency, Brissac, Bellievre, Montresor, Chateaubriand, Chaulnes, Caumartin, Hacqueville, Corbinelli, los Arnault, padres del jansenismo; Pascal, su apóstol; d'Humieres, d'Argenteuil, Bussy, sin cesar amoroso, sin cesar importuno y muchas veces pérfido por resentimiento; Sablonieres, el escocés Montrose, el mártir héroe de su rey proscrito; la duquesa de Longueville, el alma desalentada de la Fronde, estinguida á pesar de su soplo que la atizaba siempre; la duquesa de Lesdiguières, la de Montbazon, la princesa Palatina por la cual habia muerto Ginq-Mars en el cadalso; Mad. Enriqueta de Coulanges, hermana del abate; madama de Lavardin, la de Maintenon, la señorita de la Valliere, Mad. de Montespan, la señorita de

Lavergne, Enriqueta de Angennes, ya condesa de Olonne, célebre entonces por su belleza y despues por sus escándalos; Mad. de la Fayette, amiga del gran duque de la Rochefoucauld, autor de las *Máximas*; el mismo Rochefoucauld, ese juez severo, y soberano de los méritos y de las gracias; Vardes, Turenna, Bossuet, Corneille, Fenelon, Racine, Moliere, la Fontaine y Boileau aparecen ó desaparecen alternativamente sobre el horizonte del gran siglo. He aquí cual fué la sociedad de la vida entera de Mad. de Sévigné; he aquí cuales fueron los amigos, los correspondientes ó los sujetos de su largo comercio epistolar. Si su tiempo, reviviendo en sus cartas, debe mucho al interés que su estilo sabe derramar en ellas, no se puede negar que estas cartas deben mucho al interés de la época.

Muchos de esos hombres, todavía jóvenes y ya ilustres, se esforzaban por borrar en el corazon de la hermosa viuda el recuerdo de su marido; el príncipe de Conti y el superintendente general de hacienda, el poderoso Fouquet la asediaban con su culto, pero de todos ellos solo Fouquet parece que fué el que logró conmover su corazon. Jóven, hermoso, respetuoso en las formas, audaz en los pensamientos, disponiendo á guisa de dueño, tan absoluto como Richelieu ó Mazarino, de los tesoros de la Francia, teniendo en sus manos las riendas del gobierno, bastante poderoso para inspirar envidia y recelos fundados al jóven rey, bastante temerario para afectar la rivalidad con el mismo rey en amor, Fouquet se habia declarado en voz alta el adorador de Mad. de Sévigné, y sino conmovida, mostrábase por lo menos agradecida á un homenaje que borraba con tanto brillo todos los demas. Ser el pensamiento dominante de un hombre hacia el cual se convertian entonces todos los pensamientos del amor ó de la ambicion de las mugeres de aquella corte era suficiente motivo para que Mad. de Sévigné perdonase al superintendente del reino la temeridad de sus homenajes secretos y públicos. Esta es la única circunstancia en su larga viudez en que se percibe una impresion de reciprocidad para los sentimientos tiernos que inspiraba sin alentarlos, y necesario fué que sobreviniese la desgracia de Fouquet para que traspirara fuera ese sentimiento contenido en el alma de Mad. de Sévigné. Si amó una vez, este amor no se reveló sino con lágrimas sobre los infortunios de aquel de quien solo se confesaba amiga.

II.

El golpe que hirió al ambicioso ministro estuvo largo tiempo invisible sobre su cabeza; el disimulo indispensable á los reyes, enseñó